

SOCIEDAD DE FOMENTO FABRIL

Discurso Pronunciado por el Sr. Orlando Sáenz R. Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, en la 88ª. Junta General Ordinaria de Socios, Celebrada el 17 de Mayo de 1972

Señores Dirigentes de Actividades del Area Privada.

Señores Consejeros de la Sociedad de Fomento Fabril.

Señores Directores de Gremios Afiliados.

Señores Asociados.

Chilenos que me escuchan: Ha sido tradicional que en esta oportunidad el presidente de la Sociedad se dirija a los asociados para dar cuenta de la marcha de la Institución durante el pasado ejercicio, al mismo tiempo que enuncia el devenir económico del país durante ese periodo. Hoy voy a dejar de lado esa tradición y no, ciertamente, por el gusto de romperla, sino porque así lo aconsejan las duras circunstancias que vivimos. La cuenta de la acción de la Sociedad durante este último año crucial ya les ha sido dada, a nombre de la Mesa, por el señor Gerente General. El enjuiciamiento que nos ha merecido el acontecer económico de este desgraciado periodo, lo hemos podido realizar en un buen número de oportunidades con una atención pública que no ha sido usual en otros periodos de la ya larga vida de la Institución. No es mi ánimo hoy reiterar esos juicios, que no solo conocen nuestros asociados, sino que también vastos sectores de la ciudadanía.

No solamente dimos a conocer oportuna y valientemente los males que veríamos precipitándose sobre el país a raíz de una política económica gubernamental errada en su gestación e ilegal e irresponsable en su materialización, sino que además hemos adelantado las catástrofes futuras que ocurrirán inexorablemente de continuarse por esta senda suicida. Hemos nuestra apelación a la opinión pública cuando los hechos visibles parecían contradecirnos y ello nos da la seguridad de ser escuchados ahora que lo que predijimos está ocurriendo y cuando sabemos que todo aquel que no está cegado por prejuicios o fanatismo, ve y palpa la honda crisis económica en que desgraciadamente se metió nuestro país y en cuya profundidad apenas empezamos a adentrarnos. Dijimos que 1972 sería año de inflación y escasez. ¡Cuánto dolor nos produce constatar la razón que teníamos! Nuestros actuales análisis nos llevan a predecir una crisis económica superior a cuantas Chile haya conocido en el pasado. ¡Cuánto temor tenemos de no estar equivocados!

Vivimos la consumación del atroz fracaso de una experiencia y una política económica. Nuestro pueblo empieza a vivir la terrible frustración de una ilusión que se desmorona incluso con mucho mayor estrépito y rapidez que otras que concibió en el pasado. La revolución chilena con sabor a empanadas y vino tinto se hunde en el

marasmo del odio, la ineficiencia, el sectarismo y el desorden y la propia existencia de las empanadas y el vino tinto se ve amagada. ¡Extraña suerte, en verdad, de una experiencia política que llevó la esperanza y alegría al corazón de sectores de nuestro pueblo que tanto necesitan de ellas! Chile, país de paradojas, nos ha dado el poco usual espectáculo de una política económica que en menos de dos años hace abortar toda una experiencia revolucionaria. Nunca vamos a saber si existía en realidad la "vía chilena hacia el socialismo" que preconizó el actual gobierno, porque el vehículo nacional llamado a recorrerla descarriló en los primeros tramos, porque los conductores de sus ruedas económicas se vieron temerariamente superados por la tarea que debían cumplir.

Es muy posible y, desde luego lo más probable, que aun tengamos que sufrir con mucha intensidad los rigores de la continuación de esta catástrofica política económica. El corazón humano nada reconoce con mayor dificultad que el fracaso y la rectificación de rumbos es de las cosas que más cuesta decidirse a realizar. Es, pues, sabio esperar que este rumbo tan netasto para el país continúe tal vez largo tiempo dando coque contra el agujón. Sería terrible para la pata y para el agujón, ambos muy maltruchos ya, pero en nada cambiará el resultado final. La rectificación terminará por imponerse y quiera Dios que se imponga por el peso de la cordura.

Así pues, yo no puedo esta noche ofrecerles a los sufridos empresarios chilenos otra cosa que un inmediato futuro lleno de zozobra, sufrimiento y sacrificio. Me parece, guardando por cierto la sideral distancia, a un gran estadista inglés que sintetizó su programa futuro como compuesto de sangre, sudor y lágrimas. Pero también me parece a él en la seguridad que, detrás de este terrible periodo, apunta a una aurora de deslumbrante belleza y claridad en que brillará, como nunca antes, la luminosa estrella del destino de Chile.

En esta solemne ocasión anual en que debo dirigirme a todos los empresarios chilenos no puedo, pues, malgastar el tiempo ahondando el análisis sobre una situación que, por mucho que aun tengamos que sufrirla, está ya inexorablemente superada como proyección en la historia de Chile.

En verdad, quiero emplear esta rara oportunidad para hacernos cargo de las lecciones que deja la experiencia chilena actual y para encarar las posibles formas en que Chile superará sus efectos y se encaminará en la búsqueda de su futuro. Creo importante hacerlo, porque se está apoderando el

desánimo de todos los sectores de la ciudadanía y por todas partes se escuchan las mismas preguntas: ¿Cómo va el país a reconstruir su estructura económica? ¿cómo se va a reponer la armonía y disciplina social, progreso y respeto mutuo? Ya estas preguntas suceden siempre la frase sacramental: ¡Este país no tiene remedio!

¡Frente a este ánimo, nosotros, expertos en producir y crear, tenemos la obligación de sacudir a nuestros conciudadanos y recordarles hechos simples pero significativos. Vivimos en un país que tiene casi exactamente el doble de superficie que el Japón y la décima parte de su población. Este país, fértil y rico, podría albergar sobre 160 millones de habitantes en plena prosperidad económica. Nuestros abuelos alcanzaron a vivir las épocas en que este país, pese a su pequeñez relativa, era primera potencia en América latina y nuestros Ministros de Estado "roncaban" desde Santiago en lugar de ir a "maullar" a Washington y a "ronronear" a Pekín. ¿Cómo no va a tener remedio un país así!

Pero para que la ciudadanía deponga su ánimo derrotista, hay que entregarle algo más que declaraciones líricas sobre la tan manoseada "fabulosa riqueza potencial de Chile". Hay que señalarle la existencia de caminos claros y viables de desarrollo económico y, consecuentemente, social y político. Y esta tarea es la que quiero asumir hoy, porque deseo que todos aprecien que esta Sociedad, que ha sido eficaz herramienta de diagnóstico negativo en el pasado inmediato, es también capaz de construir alternativas reales de evolución positiva hacia el futuro, basada en los conocimientos y experiencias de lo más granado que Chile tiene en el campo de la producción y el desarrollo.

Para adentrarnos en ese camino, es importantísimo apreciar en su justa medida algunas razones que gestaron la actual experiencia chilena y aquilatar también los profundos motivos de su fracaso. Quien crea que la Unidad Popular llegó al poder por una fortuita concatenación de circunstancias superficiales y que ha fracasado por simple torpeza e incapacidad, no sólo carece de sensibilidad y agudeza, sino que demuestra la incapacidad de aprender con la experiencia, que es el máximo atributo de los seres racionales. No señores, la Unidad Popular no llegó al poder por casualidad, sino como resultado de la profunda frustración del pueblo chileno proveniente de la acumulación muy real de injusticias, insuficiencias y malas prácticas en casi todos los niveles de la vida nacional. Y esta frustración no es nueva en modo alguno, sino que se ha ido gestando y creciendo en el transcurso de decenios. Voy a darle una demostración clara de ello. Yo nací bajo la

segunda administración de don Arturo Alessandri. Así pues, en mi vida he visto sucederse los gobiernos radicales, a don Carlos Ibáñez, a don Jorge Alessandri, a don Eduardo Frei y ahora a don Salvador Allende. Si consideramos el brusco cambio de política que impuso don Gabriel González Videla a parte de su Gobierno, tenemos que cada seis años, casi con matemática regularidad, Chile se ha impuesto un cambio drástico de orientación política y económica. ¿Qué causa este devaneo político, sino una profunda y creciente frustración? ¿Qué es esto, sino los tanteos de un pueblo que prueba sucesivamente todas las recetas que se le proponen porque siente que ninguna cura sus males? Por cierto que ese devaneo ha sido alentado por la irrealidad de los políticos chilenos que, en su incontrolado afán de alcanzar el poder, no titubean consciente e inconscientemente en ahondar lo deseable de manera que, alcanzando el mando, no tienen peor demoledor y némesis que los testimonios de su propias promesas. Pero esto no cambia el fondo de la cuestión. El pueblo chileno, devanea políticamente porque está crecientemente insatisfecho y lo está porque, con esta, ha probado todas las recetas y ninguna ha resuelto sus problemas, a lo menos en la medida esperada.

Constatado este hecho nos surge una primera conclusión importante para nuestra investigación: la experiencia de la Unidad Popular tenía que ocurrir y era bueno que ocurriera. El marxismo se había puesto en una posición de promesa intocada, de alternativa redentora, pero no probada, que era necesario intentar antes de alcanzar el estado de total oscuridad que siempre preludia a la luz. Y no nos podemos quejar del resultado: En menos de un tercio del tiempo que el que otras experiencias han tomado en desgastarse, el marxismo ha dado tal demostración de incapacidad en lo conceptual y en lo práctico que seguramente producirá una "vacuna" lapidaria para él como alternativa de gobierno.

Dije que el fracaso de esta experiencia precipita el estado de total oscuridad que preludia siempre a la luz. En efecto, creo que la total oscuridad se produce por el agotamiento de la última alternativa política que se le ha ofrecido a los chilenos. Nos ponemos en el caso del ciudadano que dice: "Y ahora ¿qué?". He probado derecha, centro e izquierda y aún estoy insatisfecho, ¿qué haré ahora?" Y creo que estos interrogantes van a conducir a la única luz verdadera, cuando el chileno comprenda que de alguna manera las alternativas que ha estado usando más o menos corresponden a recetas foráneas basadas en brillantes líneas de pensamiento que en otras latitudes han significado expe-

ciencias sociales más o menos exitosas. En otras palabras, esta oscuridad se quebrará cuando los chilenos comprendamos que no va a ser pensando como Adam Smith o Carl Marx que vamos a resolver nuestros problemas. Llegó la hora de que nos demos cuenta que no es la línea de pensamiento que pasa por Lenin, Mao, Che Guevara y Fidel Castro, la que traerá luz al futuro de Chile. Llegó la hora en que veamos que las líneas de fuerza de nuestro real destino histórico, las empezaron a trazar Valdivia y O'Higgins y las desarrollaron Portales y Montt. Es escarbando nuestra propia individualidad, descubriendo nuestras propias raíces que encontraremos la salida a nuestra problemática actual. Es tomando conciencia de que, para bien o para mal, somos una individualidad histórica y una continuidad histórica, como vamos a reconstruir el hilo de nuestro futuro. ¿Que sabe Fidel Castro de Chile y su tradición? ¿Cómo se atreve a venir a dictar normas de evolución y convivencia a un pueblo que hace más de 100 años escribió uno de los códigos civiles más avanzados del mundo y que ha sido pionero en la legislación social? ¿Va a ser gema de nuestro futuro un gobierno que implanta en su patria el colonialismo soviético para sustituir al americano que a su vez, substituyó al español? Quienes así piensan, debían meditar que ese pueblo de Cuba es un pobre hermano nuestro que aún está esperando a su Bernardo O'Higgins. No, amigos, en Chile será una solución propia, nacionalista y autónoma la que nos lleve por la senda del progreso, porque propia, nacionalista y autónoma es nuestra problemática, y propia, nacionalista y autónoma son nuestra evolución, historia y tradición. No es casualidad que Valdivia haya sido un conquistador peculiar y único y que Portales aún no encuentre gemelo en Latinoamérica. Fueron auténticos en una tierra distinta y ello les impuso su singularidad.

Pero de la experiencia vivida no extraigamos sólo la lección del nacionalismo. Analicemos más a fondo las cosas y preguntémosnos: ¿los fracasos pasados y los éxitos insuficientes del pasado se han debido sólo a fallas humanas u obedecen a causas más profundas? La respuesta, ciertamente importantísima, nos la dan rápidas consideraciones sobre la historia reciente: ¿quién puede dudar de la suma pericia administrativa y económica del segundo gobierno de don Arturo Alessandri? ¿Quién puede desconocer el avance industrializante y social de las administraciones radicales? ¿Quién, que no sea un fanático, desconoce hoy las bondades ordenadoras y administrativas del gobierno de don Jorge Alessandri? ¿Quién puede desconocer la tremenda importancia, en todos los planos, de la administración Frei, sin duda la más interesante experiencia global que hemos vivido en este siglo? Y si esto es así, ¿por qué hemos llegado a lo de ahora? Y, si queremos ser realistas, la respuesta se nos impone sola. Es el sistema el que ha hecho crisis, es la estructura toda de la nación la que ya ha agotado sus posibilidades. Un gran político chileno dice que "ni el mejor jinete del mundo le saca frote a un caballo muerto", y, sin duda, tiene razón. Y esta conclusión de crisis del sistema, por favor

tenémosla muy presente nosotros los empresarios, porque luego la retomare en relación con aspectos prácticos que directamente nos concierne. El sistema social, político y económico del pasado ya no nos sirve para el futuro. Debemos sustituirlo y no simplemente repararlo. Podremos ser partidarios de una sustitución nacional, ordenada y hecha por otros fundamentos, fundamentalmente distintos de los que pretende el marxismo, pero el rigor de nuestro análisis nos impone la obligación de pensar y actuar en términos hondamente revolucionarios. A muchos asusta ese término, no a nosotros, los hombres de empresa, porque crear empresas es siempre un proceso revolucionario y estamos acostumbrados a pensar en esos términos.

Del pasado hemos ya sacado la lección del nacionalismo y ahora le hemos agregado el adetivo de revolucionario. Antes de entrar a definir sus características esenciales y sus consecuencias económicas y empresariales, creo que es conveniente aun extraer otra lección de la experiencia actual. Para ello deseo plantearme la siguiente pregunta: ¿Por qué ha fracasado la Unidad Popular, además de por su sectarismo, incapacidad, torpeza y esquemas equivocados? Para responder a esa pregunta es bueno que nuevamente nos sumerjamos en nuestra tradición. Esta tierra fue muy bravia de conquistar para el Imperio Español. La sociedad chilena se torjó con un deber de alerta permanente y con una férrea solidaridad entre sus componentes para poder sobrevivir.

Arma al brazo, el vecino sabía ocupar su lugar y ser solidario con los demás, cada vez que el peligro se acercaba. Los continuos embates de la naturaleza y las movilizaciones nacionales consiguientes no han hecho otra cosa que perpetuar esa característica. Todo lo que de grande ha hecho nuestra patria lleva ese sello de solidaridad, de disciplina y de ideal compartido. La Independencia, la conquista indomable del sur y del norte, la Guerra del Pacífico, todo ello tiene el sabor de las gestas nacionales en que toda la comunidad, al unsono, asume una tarea como un todo orgánico. Y estas movilizaciones nacionales y populares se basan en el orden y la disciplina, no en la disciplina impuesta como imperativo tiránico, sino por la que emana de la aquiescencia voluntaria y respetuosa a la autoridad en que se confía por su justicia y se acepta por su firmeza y estatura. Por eso es que la grandeza de Chile se torjó con gobiernos fuertes al mismo tiempo que populares, con gobiernos temidos, pero al mismo tiempo respetados ética e intelectualmente.

Este solo enunciado impersonal nos va dejando al descubierto causas profundas del fracaso de la UP. Desde el principio se planteó en el terreno de gobierno de unos chilenos contra otros chilenos, siempre ha buscado desintegrar en lugar de integrar la nacionalidad, hasta en los adolescentes han impuesto la separación "UP" versus "Momios", siempre ha buscado vencer en lugar de convencer, ha preferido siempre el temor al respeto. ¿Cómo, con esas características, me pregunto yo, ha podido siquiera

aspirar al olor de autenticidad de las empanadas y el vino tinto que, como chilenos, tienen el aroma de las características antagónicas que he señalado? Y, como si esto fuera poco, es el Gobierno menos gobierno que hayamos tenido, y a todos abisma el desparramo con que cualquier funcionario, partido, movimiento, sub-movimiento, frente o brigada, que componen su compleja organización, hace y deshace en su rango de acción sin respetar para nada la voz oficial del Estado o la del propio Presidente de la República. Tengo el honor y el privilegio de conocer al Excmo. señor Allende y me consta su hondo amor por Chile y su inagotable deseo de bien general, al mismo tiempo que creo difícil haya un hombre mejor dotado, como personalidad y don de mando. Es por ello que nunca he podido abandonar el estupor que siempre me ha producido su antigobierno, pues ese es el nombre que le corresponde.

Ya hemos terminado de dibujar los márgenes, aun difusos, del camino que creemos emprenderá Chile: nacionalismo revolucionario, popular y autoritario, generado por las grandes mayorías nacionales y por ello eminentemente integrador y constructivo. Como el chileno es individualista y tremendamente celoso y consciente de su libertad y dignidad, tendrá también que ser un camino hondamente pluralista y democrático en constante búsqueda de la justicia social y del desarrollo económico, pero en estricto respeto de los legítimos derechos de todos.

No nos corresponde a nosotros precionar los contornos políticos que adoptara ese nacionalismo revolucionario y sólo el futuro podrá revelar el rostro y el nombre del estadista que lo transformará en gobierno. Chile espera a ese "caudillo enigmático", por usar una frase feliz de un político y escritor chileno, que sepa encarnar para este pueblo esas características esenciales y salvadoras. El futuro aun lo esconde, pero el anhelo nacional lo busca y, sin duda, lo encontrará.

Cuando este hombre del destino aparezca, con regocijo miraremos a nuestros políticos tradicionales, y más aún si él emergió de sus filas, esforzándose por clasificarlo con sus gastados padrones de derecha, centro o izquierda. Es que aún no se dan cuenta que la Revolución Francesa va a cumplir dos siglos y a la Asamblea Nacional de entonces, aquella que con la ubicación de sus asientos determinó izquierda y derecha, la historia ya le ha construido varios pisos encima y son posibles las posturas de arriba en relación a esas fórmulas tradicionales.

Pero a nosotros sí que nos corresponde analizar y prepararnos para las consecuencias económicas y empresariales de este nuevo camino. Dijimos antes que la estructura nacional del pasado inmediato ya ha agotado sus posibilidades de desarrollo. El pseudo-capitalismo en que hemos vivido es una parte de esa estructura. Digo pseudo-capitalismo porque, en verdad, capitalismo, como tal, nunca ha existido realmente en Chile, a lo menos durante los últimos decenios. Ha existido una mezcla híbrida de estatismo-capitalista que ha terminado por tener lo peor de los dos sistemas. Para que exista capitalismo, por ejemplo, debe existir mercado

de capitales para el sector productivo y bien sabemos que éste es nominal hace ya largos años en Chile.

Pero, en fin, como quiera que sea, así como hemos sido enfáticos en señalar que no creemos en un desarrollo estatista para Chile, también tenemos que decir que tampoco creemos en un desarrollo capitalista para el país. Y no creemos en este desarrollo capitalista por razones muy claras y concretas.

En primer lugar, porque no pensamos que sea posible siquiera alcanzar la infraestructura que hace operable el capitalismo en las formas y rangos que tornan patentes sus virtudes en el plano del desarrollo acelerado. Pensemos que recién ahora Brasil está alcanzando, por ejemplo, la conformación de esa estructura que tal vez haga posible un modelo capitalista de desarrollo. Hace casi un año tuve la oportunidad de oír esta frase en labios de Roberto Campos, el talentoso ex-Ministro brasileño de Finanzas: "En Latinoamérica sólo Brasil y tal vez un par de países más puedan alcanzar un estado de pre-capitalismo. El resto nunca ha tenido y probablemente nunca tendrá siquiera la posibilidad de un desarrollo capitalista".

En segundo lugar, porque creo que, aun sin la razón anterior, la empresa de corte capitalista no tiene en Chile factibilidad ni política ni social. Hablé antes de una sociedad integrada y solidaria. La estructura capitalista de empresa nunca será ya capaz de ser el órgano productor de una sociedad de esas características en Chile. Aquí ninguna estructura empresarial se sostendrá sin la incorporación física y espiritual de los trabajadores y técnicos a ella y la evolución política y social de Chile hace ya imposible esa incorporación a la estructura capitalista.

En tercer lugar porque la estructura capitalista representa un obstáculo para la evolución social que debe emprender el país y que necesariamente debe contemplar una real democratización de sus elementos productivos.

Por cierto que estas mismas observaciones son aplicables aun con mayor intensidad a la estructura empresarial estatista y es por ello que el repudio a ella de los trabajadores es solo cuestión de tiempo, y de corto tiempo. Falta poco, además, para que la ciudadanía comprenda de una vez por todas, que la infraestructura para una economía estatista contempla necesariamente un Estado totalitario.

Debemos, pues, dejar de lado la actual estructura capitalista de la empresa privada. Yo sé que esa estructura le ha permitido al país éxitos relativos de desarrollo sumamente importantes y que no se han conseguido más, fundamentalmente por la acción de fuerzas ajenas a la empresa. Hace poco rato hacía mención al devaneo político chileno y al cambio total de "reglas del juego" cada seis años. ¡Ningún sistema funciona con este carrusel! ¡Es imposible pedirle desarrollo económico a ningún sistema si cada seis años se le cambia todo el universo en que opera! Pero aun así, cabe reconocer que hemos tenido un desarrollo insuficiente y que parte de esa insuficiencia se ha debido a fallas estructurales del sistema. El país ha tenido,

gigamos, un éxito insuficiente en su desarrollo y éxito insuficiente es sinónimo de fracaso en la vida de las naciones.

Tenemos, pues, que abordar el arduo tema de la reforma de la empresa.

Esta reforma es ardua porque no se trata de generar solo una estructura diferente, sino porque esa estructura diferente debe tener los atributos de armonía y eficiencia y sobre todo, debe ser tal que resulte atractiva para la captación de nuevo capital y de nueva iniciativa empresarial. Comprendemos la necesidad de quitarle al capital el goce exclusivo de la utilidad y el manejo exclusivo de la Empresa. Pero debemos darle, paralelamente, condiciones de rendimiento y previsión que garanticen la gestación de nuevas empresas en donde los chilenos puedan canalizar sus ahorros y sus energías creadoras. Cualquier esquema que no contemple primordialmente esos factores, estará irremediablemente condenado al fracaso o condenará al país al estancamiento.

Si entendemos al capitalismo como predominio indebido e ilegítimo del capital sobre los otros factores que intervienen en la Empresa, entonces debemos reconocer que el estatismo no es otra cosa que el predominio también indebido y también ilegítimo del Estado sobre los demás factores, incluyendo por cierto el capital. Si pretendemos una estructura alejada de ambos extremos, por cierto que no podemos ir a parar a fórmulas "trabajistas" que no harán otra cosa que implantar la tiranía del trabajo, tan indebida e ilegítima como todas las demás y que ciertamente inhibirían totalmente el nacimiento de nuevas empresas de libre iniciativa. Es por ello que en realidad lo que hemos estado buscando es la fórmula de lo que hemos llamado la "Empresa Integrada", que incluye los elementos plenamente sustitutivos de la estructura tradicional, al tiempo que preserva condiciones suficientemente atractivas para el capital y la creatividad empresarial. Nos aprestamos a iniciar una campaña de divulgación y conocimiento de esta "Empresa Integrada", que estamos seguros va a ser el núcleo productivo adecuado a la nueva ordenación política y social a que se encaminará Chile, una vez superada su carnavalesca experiencia marxista.

Sabemos que una nueva forma empresarial debe tener sus correlatos en nuevas estructuras para la economía y el Estado, de manera que nuestra Empresa Integral tendrá que esperar un cambio total de mentalidad en el Estado para poder implantarse. Entretanto, nos aprestamos a quemar etapas posibles en las condiciones que vivimos y desde ya les anunciamos que en los próximos meses iremos impulsando la implantación de esquemas de participación en las utilidades y en la gestión operativa en todas las empresas de nuestra área. Estos esquemas irán adelantando el trabajo de educación y evolución en todos los sentidos que es necesario alcanzar plenamente para implantar la Empresa Integral en toda su magnitud.

Decía antes que una nueva estructura de unidad productiva, para poder desarrollarse,

requiere de una adaptación a ella de todo el aparato económico del país. También mencionaba que cualquier esquema de libre iniciativa requiere de la conformación de un adecuado mercado de capitales. En efecto, el principal escollo del desarrollo pasado de Chile ha consistido en una insuficiente tasa de inversión productiva. Y eso, en palabras simples, significa falta de ahorro a todos los niveles. Claro que no se puede pedir ahorro suficiente en un país que se ha preocupado minuciosamente de desmoralizar a los ahorrantes mediante un proceso inflacionista incontrolado y un sistemático falseamiento de los índices que miden esa inflación. Ningún mercado de capitales será posible, ninguna fórmula de ahorro será eficaz mientras no se luche frontal e inteligentemente contra la inflación y se dé al inversionista y al ahorrante mecanismos realmente eficientes para defenderse de ella.

Una lucha inteligente contra la inflación incluye un ataque a sus raíces estructurales y no solo a sus síntomas visibles. Mientras haya quienes crean que se puede detener la inflación reteniendo los precios y fijando el valor del dólar, habrá crisis empresarial y desastre de comercio exterior y la inflación seguirá tan campante. Creíamos que treinta años de experiencia en este sentido ya nos habían enseñado que esa receta no servía, pero parece que nos equivocábamos. La inflación chilena tiene causas estructurales profundas, como son el excesivo gasto fiscal y su crónico y creciente déficit y el exceso de personas trabajando en el sector servicios en relación a los ocupados en las actividades productivas.

Señalamos esto porque la solución chilena que se avecina tendrá que tener un capítulo importante dedicado a este control de la inflación, combinado con la creación de los mecanismos de ahorro encaminables hacia la empresa productiva.

Pero aún regularizando los medios para incrementar el ahorro nacional, no creemos se logre la tasa adecuada para asegurarnos un desarrollo al ritmo que nos es imprescindible. Es por ello que nos resulta necesario el acceso cuantioso del capital extranjero y, desde luego, de la tecnología del mundo. Se ha hecho mucho caudal últimamente de que Chile tiene un grado intolerable de endeudamiento externo. Ello podría significar un acceso necesariamente limitado de recursos externos adicionales. Pero en esa medición del estado de una nación en base al endeudamiento externo, existe un evidente sofisma. Porque el grado de endeudamiento nada quiere decir en sí, sino en relación al uso que se hace de los recursos recibidos. Lo grave no es endeudarse, sino desper-

dicar los recursos así adquiridos. Si un país se endeuda, pero con ese dinero se desarrolla de manera de aumentar su producción en un margen mayor que la amortización de la deuda y sus intereses, entonces el endeudamiento, no sólo no es dañino, sino que resulta un buen negocio. Dicho en términos nacionales, lo terrible no es haberse endeudado en 724 millones de dólares para ampliar nuestra industria cuprífera; lo terrible es, luego de la ampliación, producir prac-

ticamente el mismo cobre que antes. Cuando ello ocurre, vienen los niveles intolerables de endeudamiento, los clubes de París, las dificultades de comercio exterior y quien sabe que cosas más. Por cierto que el acceso del capital foráneo debe reglamentarse de manera que no afecte ni la independencia ni el interés nacional. Y de que ello es posible, hay numerosos ejemplos en el mundo. El capital extranjero viene a un país no necesariamente en base a condiciones excepcionalmente favorables, sino que en base a buenas condiciones combinadas con seguridad y estabilidad. Claro que aquellos países que continuamente cambian lo que acordaran antes, aquellos que hostilizan y tratan como invasores enemigos a los inversionistas foráneos, aquellos países necesitan dar condiciones de negocio tan excepcionales para atraer el capital foráneo, que verdaderamente termina por ser un mal negocio para el país su venida. Así pues, la nueva política económica tendrá también que contemplar un programa claro e inteligente para la captación del capital foráneo en cantidades muy superiores al pasado.

Hablé también de la tecnología y la necesidad de su ingreso al país. Pero para aprovechar esa tecnología necesitamos más y mejores técnicos chilenos. Por eso es que nos preocupa tanto la descapitalización humana que está sufriendo el país. Con verdadera angustia hemos seguido, paso a paso, el éxodo de los supervisores chilenos como resultado de la política marxista. Incluso en nuestro propio Consejo hemos perdido talentos que difícilmente podrá reemplazar el país sin un gran esfuerzo. Hemos llamado sobre esto la atención de las autoridades varias veces para evitar que a la entrada del Estado en una empresa no siga el despiadado descabezamiento de sus cuadros superiores. Desgraciadamente, los logros del sectarismo son en esta materia, bastante espectaculares. A pesar de los numerosos frentes en que debemos trabajar, aún nos aprestamos a hacer algo concreto para detener esta hemorragia fatal para el país. Vamos a colaborar activamente y a alentar a las organizaciones de supervisores industriales para la mejor defensa de sus fuentes de trabajo o para relocalarlos en el sector privado, evitándoles así la necesidad de emigrar. Hoy, la mayoría del Consejo de la Sociedad de Fomento Fabril, está en verdad constituido por profesionales supervisores industriales, de manera que este paso nos resultará fácil y grato. A este sector, tan vital y tan atropellado en los días que corren, me interesa particularmente llevarle una voz de aliento y de esperanza, porque básicamente no he sido otra cosa en mi vida que un supervisor industrial.

La reforma de la Empresa, la creación de elementos eficaces de captación del ahorro popular para la empresa productiva, la invitación y captación del capital foráneo, la acelerada incorporación de tecnología, todo ello debe ser complementado con la formulación de un efectivo estatuto para el inversionista nacional y para la empresa de libre iniciativa. Seguramente habrá que señalar un plazo dado entre la formación de una nueva empresa y su

transformación en empresa integrada. Pero, sobre todo, habrá que tomar las providencias para que dicho estatuto de garantías de estabilidad en el tiempo a las reglas que fije. La contemplación del mundo que nos rodea, no señala claramente el valor de la estabilidad, más que la calidad misma de las normas, en el fenómeno del desarrollo económico. Países de regímenes diametralmente distintos han alcanzado respetables ritmos de avance económico en virtud de un régimen estable por algunos lustros. Nosotros, en el polo opuesto, somos buen ejemplo del paralizante efecto de la inestabilidad económica.

La conjugación de todos los factores que he señalado, estamos plenamente seguros que garantizará a Chile un explosivo desarrollo económico porque en este país sobra capacidad e inventiva laboral y el chileno crea con rapidez y facilidad cuando se ve rodeado de libertad, respeto, paz y tranquilidad. Por cierto que la formulación de la nueva Unidad Productiva y los mecanismos avanzados que hemos señalado como optimizadores de su funcionamiento, deben complementarse con una progresiva adaptación de toda la estructura del Estado y la Sociedad a la

nueva relación de producción que se ha implantado porque, si en algo tiene razón Marx, es en que la relación de producción determina la organización de la Sociedad y el Estado. Pero encontrada la armonía social de la Unidad Productora, siempre habrá una mayoría institucional amplia para realizar sin tropiezos ni discontinuidad las reformas jurídica, educacional y constitucional que darán paso a una nueva sociedad chilena realmente justa, realmente libre, realmente progresista y realmente solidaria.

Cuando las condiciones lo permitan, ¡con qué amor y alegría nos dedicaremos todos los chilenos a construir nuestro luminoso futuro! Porque solo las catástrofes profundas enseñan a reconstruir con amor y alegría. Cuando el eficaz equipo de demolición que hoy maneja nuestra economía se retire, bajo el peso del repudio nacional, ¡con qué unión recogeremos los dispersos pedazos de nuestro aparato productivo para construir uno nuevo, llamado a traer justicia y prosperidad a los chilenos. Nunca más tendremos funcionarios que viajen a Washington a buscar culpables de la mala situación del país, cuando a lo mejor un simple espejo puesto en el escritorio les habría permitido verlos sin gasto alguno.

Queridos amigos, os he señalado algunos puntos básicos sobre los que se podrá edificar una política económica futura, no sólo de recuperación del descalabro actual sino de real proyección hacia un porvenir pleno para nuestra Patria. Para la materialización de este porvenir, es esencial nuestro concurso y fortaleza. Yo sé que muchas veces cada uno de ustedes siente que el horizonte está cerrado y que en este país no hay lugar ya para los empresarios de libre iniciativa. Cuando esta idea os asalte, pensad que este país necesita desarrollarse en forma tal que lo que existe es insignificante al lado de lo que hay que construir. Y vosotros, profesionales de la transformación de las posibilidades en realidad, nunca seréis más necesitados que

entonces. Así es que mantened en alto vuestro ánimo y confiados vuestros corazones.

A los chilenos no empresarios que puedan escucharme, les digo que deben tener fe en las reservas de nuestra Nación. Saldremos a delante de esta dura contingencia, aunque sin duda nos queda aún una larga ruta de dolor y sacrificio.

Zorrilla, no el nuestro, sino el poeta cuyo nombre guardará la historia, termina su "Canción del Trovador" diciendo:

"No aspiro a más laurel
/ni a más hazafia
Que una sonrisa de mi
/dulce España".

Yo, parodiando, os diré que esta noche al señalaros la vaga sombra de un camino futuro para Chile, camino que conduce ciertamente a la prosperidad, la justicia y la grandeza, no aspiro a otra cosa, que a llevaros una voz de optimismo y esperanza en estas horas deprimentes y difíciles.

No puedo terminar mis palabras sin haceros notar que esta noche constituye un motivo muy especial de agradecimiento y satisfacción para la directiva que presido. Hace casi un año tomamos el cargo en medio de un furioso temporal que vapuleaba sin piedad al sector y a la institución. Teníamos el ánimo atribulado e inseguro. Dijimos en nuestro discurso inaugural que teníamos plena conciencia que nuestra Presidencia tenía grandes posibilidades de ser la más catástrofe de la última de nuestra larga historia. Hoy culminamos nuestro periodo con la institución más grande y fuerte que nunca. Tenemos muchos más socios, tenemos muchos más medios, tenemos más unidad y más decisión. Formamos parte del Frente Nacional de la Actividad Privada con todos los sectores de la libre iniciativa del País. Nunca la opinión pública nos había oído y respetado tanto.

Y ello no es fruto del trabajo de un hombre ni siquiera de unos pocos hombres. Es el reflejo del trabajo de todos los empresarios y colegas que, desde Magallanes, nos han hecho llegar su esfuerzo y su ayuda eficaz. ¿Cómo no vamos a ser optimistas frente al futuro? ¿Cómo no vamos a estar agradecidos a todos ustedes? ¿Cómo no vamos a reconocer una deuda de gratitud hacia el reducido número de funcionarios de nuestras instituciones gremiales que nos han acompañado con una dedicación y entusiasmo conmovedores?

Es por todo eso que ahora, al terminar mis palabras lo hago con una seguridad y ánimo sereno que distaba mucho de tener cuando llegué a esta Presidencia. Seguro estoy del éxito final de nuestros empeños y por ello es que, con alegría y agradecimiento en el corazón, os puedo asegurar que cualquiera que sea la directiva que en el futuro gobierne la institución, su programa se podrá sintetizar en una divisa:

**¡A LA MAYOR GRANDEZA
DE CHILE!**

Muchas gracias.